

# El mundo en los ochenta: ¿universalismo vs. globalidad?

Hugo Fazio Vengoa con la colaboración de  
Antonella Fazio Vargas, Luciana Fazio Vargas  
y Daniela Fazio Vargas





El mundo en los ochenta:  
¿universalismo vs. globalidad?

Para citar este libro: DOI <http://dx.doi.org/10.7440/2015.92>

# El mundo en los ochenta: ¿universalismo vs. globalidad?

Hugo Fazio  
con la colaboración de  
Antonella Fazio Vargas, Luciana Fazio Vargas  
y Daniela Fazio Vargas

Universidad de los Andes  
Facultad de Ciencias Sociales  
Departamento de Historia

Fazio Vengoa, Hugo Antonio, 1956-  
El mndo en los ochenta: ¿universalismo vs. globalidad? / Hugo Fazio, con la colaboración de Antonella, Luciana y Daniela Fazio. – Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Ediciones Uniandes, 2015.  
192 pp.; 17 x 24 cm

ISBN 978-958-774-234-3

1. Historia moderna – Investigaciones 2. Globalización I. Fazio Vengoa, Hugo Antonio II. Fazio Vargas, Antonella III. Fazio Vargas, Luciana IV. Fazio Vargas, Daniela V. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales VI. Tít.

CDD 909.828

SBUA

Primera edición: noviembre del 2015

© Hugo Fazio Vengoa, Antonella Fazio Vargas, Luciana Fazio Vargas y Daniela Fazio Vargas  
© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia

Ediciones Uniandes  
Calle 19 n.º 3-10, oficina 1401  
Bogotá, D. C., Colombia  
Teléfono: 3394949, ext. 2133  
<http://ediciones.uniandes.edu.co>  
[infeduni@uniandes.edu.co](mailto:infeduni@uniandes.edu.co)

Departamento de Historia  
Publicaciones Facultad de Ciencias Sociales  
Carrera 1.ª n.º 18A-12, Bloque G-GB, piso 6  
Bogotá, D. C., Colombia  
Teléfono: 339 49 49, ext. 4819  
<http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co>  
[publicacionesfaciso@uniandes.edu.co](mailto:publicacionesfaciso@uniandes.edu.co)

ISBN: 978-958-774-234-3  
ISBN e-book: 978-958-774-235-0  
DOI: <http://dx.doi.org/10.7440/2015.92>

Corrección de estilo: Luz Ángela Uscátegui Cuéllar  
Diagramación interior: Jazmine Güechá  
Diseño de cubierta: Víctor Gómez  
Imagen de cubierta: *Ochentas*, 2015, de Daniel González Benítez

Impresión:  
Editorial Kimpres S. A. S.  
Calle 19 sur n.º 69C-17  
Teléfono: 4136884  
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

# Contenido

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>· 1</b>
<b>1. La década y sus principales encrucijadas</b>	<b>· 13</b>
a. Los ochenta: entre la internacionalidad y la globalidad	· 29
<b>2. 1979: arranca un nuevo ciclo</b>	<b>· 37</b>
a. La Dama de Hierro	· 37
b. Deng Xiaoping y la emergencia de una nueva China	· 44
c. La revolución iraní y el rediseño del mapa geopolítico en el Medio Oriente	· 53
d. La invasión soviética en Afganistán	· 62
<b>3. Globalización y capitalismo global</b>	<b>· 71</b>
a. Globalización, espacio y tiempo	· 76
b. Las espacialidades del sistema global	· 91
c. Los tiempos del mundo en los ochenta	· 116
d. Crisis de la deuda, interdependencia y conjunción de tiempo y espacio	· 129
<b>4. La debacle del mundo socialista. Un encadenamiento prototípico</b>	<b>· 147</b>
a. Perestroika y eclosión soviética	· 148
b. La implosión del comunismo en la Europa Centro Oriental	· 161
c. Cuba: un caso de desarrollo atípico del socialismo	· 169
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>· 173</b>





# Introducción

EN LA LITERATURA científica y también en aquella destinada al gran público es habitual encontrar indicaciones, aserciones o simples declaraciones que insinúan que las sociedades contemporáneas, en estas décadas iniciales del siglo XXI, han adquirido fisonomías originales, diametralmente distintas de las de cualquier periodo previo. Afirmaciones de este tipo se han vuelto tan corrientes y constituyen, muchas veces, generalizaciones tan triviales, que los estudiosos de la contemporaneidad prefieren pasarlas por alto y no es común que se apasionen y se trencen en polémicas con ellas. Esta relativa indiferencia seguramente explica por qué los enunciados rara vez logran convertirse en argumentos que susciten algún tipo de debate o que desaten una acalorada discusión intelectual. Tampoco se requiere ser un experto calificado para conjeturar que toda generación, durante la época moderna, ha considerado que su presente constituye un momento incomparable, excepcional, inconfundible, único en la historia, y que su época se singulariza por una serie de situaciones y hechos fácilmente identificables, que son completamente novedosos en relación con otros períodos de la historia pasada, incluidos algunos relativamente próximos.

Debo admitir que la tesis del carácter excepcional del presente contemporáneo no ha constituido una afirmación o una insinuación baladí. Desde hace ya un buen número de años he venido considerando que existen sólidos fundamentos que le dan apoyo a la idea de que la contemporaneidad que nos ha correspondido vivir es sustancialmente distinta de las anteriores, que representa un intervalo de tiempo que comporta una serie de dinámicas y situaciones muy específicas y que el espesor de las transformaciones es tan impresionante que estas no pueden ser provisorias. Un raciocinio análogo al que aquí se desarrolla ha llevado al sociólogo Hartmut Rosa a afirmar que la época contemporánea, tan rica en acontecimientos efímeros como “pobre en experiencias que comporten sentido”, ha llevado a que “episodios tan importantes como la desaparición de la URSS o la primera guerra de Irak pertenezcan ya a un pasado lejano. Desde entonces la historia se ha acelerado aún más”<sup>1</sup>.

1 Hartmut Rosa, *Accélération. Une critique sociale du temps*, París, La Découverte, 2013, p. 387.

El convencimiento de esta *singularidad de época* me ha llevado a preguntarme si es correcto que las incertidumbres intelectuales sigan gravitando en torno a la originalidad de la contemporaneidad, asunto que resulta incontrovertible cuando simplemente se contemplan los adelantos científicos y tecnológicos que modifican la vida de millones de personas en el planeta, o si debería avanzarse más bien en reflexiones que acaricien la idea de que nos encontramos en los albores de una *era mundial* completamente nueva.

Debo reconocer que estos interrogantes han estado en el centro de mis preocupaciones académicas e intelectuales en el transcurso de las dos últimas décadas. Para que mi argumento sea comprensible desde un comienzo, abordaré esta encrucijada con una glosa inicial. Una breve ojeada a la literatura sobre la singularidad que comporta la actualidad demuestra que se ha vuelto habitual que cuando se quiere explicar algún fenómeno o una situación característica de estos tres primeros lustros del siglo *xxi* los analistas se vean inclinados a ampliar recurrentemente la mirada, y es frecuente que tengan que remontar sus reflexiones unas cuantas décadas para dar con el momento fundacional o de origen del asunto en cuestión, o que simplemente adviertan que para develar la naturaleza del fenómeno bajo observación se requiere de una interpretación en términos de proceso, es decir, entendiéndolo como una dinámica que se extiende a lo largo de un determinado intervalo de tiempo, procedimiento que, de inmediato, sella un vínculo indisoluble entre la actualidad que se vive y un período histórico determinado.

Los debates sobre las crisis financieras en Estados Unidos y Europa en años recientes constituyen testimonios elocuentes. Solo ciertas mentes idealistas —ilusas o poco ilustradas, quizás— se atrevieron a afirmar que lo que estaba ocurriendo era un simple desajuste fortuito y coyuntural, una perturbación que sería superada con un poco de paciencia y que, a lo sumo, se requería de unas cuantas medidas cosméticas para que los países desarrollados y, de suyo, el mundo entero entrara en un nuevo ciclo de crecimiento y bienestar. Incluso con respecto a la crisis griega rápidamente se desgastó la tesis de que el asunto obedecía a que durante años las autoridades helenas habían falseado la información. Cualquier análisis serio reconoce hoy en día la existencia de unos problemas de fondo que conciernen al funcionamiento mismo de la integración comunitaria.

Por el contrario, los polemistas, con una formación académica más sólida, han alzado sus voces para afirmar que estas crisis son profundas, que presentan características estructurales debido a que se originan por complicaciones y disfuncionalidades propias del desarrollo del sistema económico mundial<sup>2</sup>. El

2 “La gran mutación histórica que estamos viviendo no arranca de 2008, sino de los años setenta del siglo pasado, cuando se rompieron las reglas que habían alimentado la ilusión de un mundo que evolucionaba hacia un progreso continuado, no solo en el terreno de la producción de bienes

asunto, por tanto, no es de poca monta porque para corregir el rumbo se requiere de soluciones que, de manera sistemática, han venido siendo aplazadas. Se arribó, de esta manera, a una situación actual tan compleja, que comporta tantas disfuncionalidades, que se ha vuelto imperativo impulsar transformaciones políticas y económicas de gran calado<sup>3</sup>.

Un importante imperativo de por qué la relación entre la inmediatez y un ayer necesita ser recompuesta radica en que es fuerte la tendencia en las sociedades contemporáneas a deshistorizar el presente, a considerar que el pasado “existe” de manera instrumental, solo en razón de ciertos intereses actuales. Que el presente sea desvinculado del pasado, de por sí, constituye un problema inmenso, pero el asunto mayor radica en que cuando se destemporaliza el presente se achata de manera proporcional la capacidad de entendimiento y explicación de los dilemas sociales, porque solo logran ser apreciados en los términos de las fosforescencia que emitan, sin que ello descubra su esencia intrínseca.

La necesidad de recomponer el tejido con el pasado se convierte igualmente en un asunto político de primer orden porque mientras en épocas pasadas el acceso limitado a la información, suministrado por los sistemas de educación, los mecanismos de socialización y los medios de comunicación, generaba marcos de comprensión más o menos similares, en la actualidad, en la era de la comunicación digital y de acceso a distintas fuentes de información, se erosionan los elementos que asocian los individuos, al tiempo que se dimensionan ciertos “pasados concurrentes”, como los relativos a la memoria, como si estos no fueran combates por y para el presente<sup>4</sup>.

Ha sido precisamente la comprensión de este vínculo indisoluble entre el momento inmediato, es decir, la actualidad del día a día, con cierto “pasado cercano” o “pasado presente” lo que me ha llevado a argumentar que la contemporaneidad debe ser considerada un *presente histórico*<sup>5</sup>, o sea, un espacio de tiempo con una duración variable que se ha prolongado a través de un buen número de décadas.

Esta inclusión de la actualidad inmediata dentro de un intervalo de tiempo, con una extensión que no puede ser determinada de antemano y que emana de la misma historia presente, me ha llevado a sostener que las dinámicas y las

---

y servicios, sino en el del bienestar colectivo”. Josep Fontana, *El futuro es un país extraño. Una reflexión sobre la crisis social de comienzos del siglo XXI*, Madrid, Pasado & Presente, 2013, p. 18.

3 Véase Paul Krugman, *Acabemos ya con la crisis*, Barcelona, Crítica, 2012; Geert Mak, *Cosa succede se crolla l'Europa?*, Roma, Castelvecchi, 2012.

4 Steve J. Stern, *Memorias en construcción: los retos del pasado presente en Chile, 1989-2011*, Santiago de Chile, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, 2013.

5 Para una explicación del presente histórico, véase Hugo Fazio Vengoa, *El presente histórico contemporáneo (1968-2009)*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2010.

situaciones que caracterizan la coyuntura actual deben ser abordadas no como simples emanaciones del momento que se vive, sino que tienen que ser tratadas como fenómenos aprehensibles en su duración.

Con base en estas premisas he llegado al convencimiento de que cuando se pretende abordar asuntos tan trascendentales como las transformaciones que ha experimentado el Estado, el nuevo rostro del capitalismo, la financiarización de las economías y de las sociedades, el desfogue del mercado, la proliferación de nuevas gamas de actores sociales, la inclusión de los referentes culturales en la política, los bosquejos de intentos de construcción de un nuevo ordenamiento geo-económico y político mundial, entre otras tantas cosas que aquí podría enumerar, el estudioso debe esmerarse por analizarlos en su proyección temporal, es decir, en términos de sus duraciones, debido a que todas estas situaciones son dinámicas o fenómenos en desarrollo que se revelan y que son amplificadas por las cambiantes condiciones temporales y espaciales del presente histórico.

En un trabajo anterior<sup>6</sup> expuse la tesis de que fue durante la *extendida* década de los setenta, cuyos orígenes simbólicamente se remontan al *annus mirabilis* de 1968, cuando irrumpió el período histórico comprensivo de la contemporaneidad. La década de los setenta representó, en este sentido, la coyuntura histórica germinal durante la cual descolló un conjunto de grandes transformaciones en todos los ámbitos sociales que afectaron de manera diferenciada, aunque de modo constante, a países de todos los continentes. Esta fase transformadora inicial constituyó un momento muy singular, inédito, porque, por vez primera en la historia humana, sus repercusiones se manifestaron en todos los pueblos del mundo; fueron cambios de gran envergadura en todos los ámbitos sociales, que no quedaron circunscritos a ninguna región geográfica en particular, aun cuando, claro está, sus modulaciones y articulaciones fueran diferenciadas en los distintos casos, esferas y latitudes.

En el hecho de que aquel ciclo o momento testimonie la aparición de transformaciones con proyección mundial radica precisamente la gran novedad que encierra este intervalo de tiempo que he definido como el *presente histórico contemporáneo*, un presente de mundo que engloba a todas las naciones particulares. Este ascendiente de la condición mundial requiere de una nueva glosa: no considero que radique en una presunta representación del tipo de una “comunidad de destino” o en la presunción de la existencia de un “sujeto histórico universal”, que pueda ser elevado al rango de agente consustancial de la globalidad. Esta mundialidad consiste, como ha sostenido el fallecido Ulrich Beck, en una fábrica de conflictos y de situaciones globales y, por tanto, su desciframiento requiere de una reflexividad global, es decir, de una perspectiva que

6 Hugo Fazio Vengoa, *Los setenta convulsionan el mundo. Irrumpe el presente histórico*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2014.

convierta en objeto de reflexión los supuestos fundamentales, las insuficiencias y las antinomias de la misma contemporaneidad<sup>7</sup>.

Esta mundialidad muestra el hecho de que nuestro presente constituye el inicio de un período radicalmente nuevo en la historia, distinto de cualquier otro anterior. La distancia que separa esta actualidad histórica del pasado es, a mi modo de ver, un asunto de fondo: en esta contemporaneidad, el mundo dejó ser un simple escenario donde se desenvuelve un conjunto de historias, pues él mismo *se ha transformado en una historia*; únicamente en nuestro presente el mundo se ha convertido en una “realidad operativa”, al decir de Eric Hobsbawm<sup>8</sup>. La comprensión de este asunto medular de la contemporaneidad me condujo a declarar que el presente histórico contemporáneo indica el inicio de un *nuevo período en la historia de la humanidad*, constituye el debut de una era completamente nueva.

Además de las variadas investigaciones que me fueron llevando a afinar este tipo de ideas sobre la comprensión de esta contemporaneidad como un período de transformaciones radicales, me inspiré inicialmente en una importante insinuación del insigne historiador francés Fernand Braudel, quien, en contravía de la mayor parte de los intelectuales de su época, se atrevió a sostener que los sucesos de finales de los años sesenta eran equiparables a revoluciones socio-culturales tan importantes como el Renacimiento y la Reforma, puesto que las revueltas juveniles y estudiantiles del 68 fueron la expresión de un vasto movimiento que removió los cimientos del edificio social, rompió los viejos hábitos y resignaciones, y con ello todo el tejido social y familiar quedó lo suficientemente desgarrado como para que se crearan nuevos géneros de vida en todos los niveles de la sociedad<sup>9</sup>. El final de los sesenta y el comienzo de los setenta representaron, de este modo, los inicios de una poderosa revolución económica, social y cultural cuyas fosforescencias aún no se han extinguido; siguen resplandeciendo a más de cuatro décadas de distancia.

Para el desarrollo de esta argumentación me he valido en mis investigaciones de un recurso del que Braudel carecía, lo cual, en lugar de demeritar su intuitiva reflexión, exalta su genial imaginación: la distancia temporal. Con un intervalo de tiempo de cuatro décadas, resulta relativamente fácil subrayar la importancia de aquella coyuntura decisiva. En ese entonces, la mayoría de los analistas, a lo sumo, asociaba ese momento histórico con la palabra *crisis*, pero más en el sentido de desorden o de punto de inflexión en un determinado funcionamiento u “orden de las cosas”, no como un desajuste que resulta cuando un pasado

7 Ulrich Beck, *Poder y contrapoder en la era global*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 130.

8 Eric Hobsbawm, *La era del capitalismo*, Barcelona, Guadarrama, 1981, p. 72.

9 Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme xv-xviii siècle*, París, Armand Collin, 1979, t. 3, p. 790.

empieza a quedar atrás, en condiciones en que la germinación de lo nuevo no lograba estabilizarse y sus contornos eran todavía poco diáfanos.

Pero cuando aquellos años se abordan desde una perspectiva temporal más amplia, uno encuentra académicos que han sostenido que aquella coyuntura histórica dejó transformaciones tan profundas que entrañaron la reconsideración de los principales axiomas económicos y políticos establecidos luego de la Segunda Guerra Mundial<sup>10</sup>, sobre todo por los impactos ocasionados por la globalización y por haber sido el momento crucial en que el capitalismo emprendió un giro radical.

Como sostuve en dicho ensayo investigativo, me pareció muy expresivo de los nuevos tiempos el hecho de que aquella no fuera una crisis estática o estacional, pues se expresó de manera transnacional, es decir, representó, en el fondo, una crisis o un “malestar global”, que emergió de manera particular en cada caso porque se inscribía en contextos particulares y respondía a causas y a circunstancias específicas, pero que se sincronizaba con elementos análogos en determinados lugares y situaciones. Fue, además, una crisis que trastocó la relación de las sociedades con el tiempo, pues apagaba la posibilidad de expectativas en el horizonte, en tanto que superación de experiencias pasadas, al decir de Reinhart Koselleck<sup>11</sup>.

Esta transnacionalidad de fondo sirve para demostrar que la década de los setenta comportaba una “unidad de sentido”, en la medida en que disponía de un fundamento (un principio básico), constituía una unidad (una imagen del mundo) y una finalidad (una proyección o *télos*), cuyos alcances se extendían por todo el mundo<sup>12</sup>. Aquella era una transnacionalidad que brotaba de una globalización cualitativa y cuantitativamente mucho más intensa que las anteriormente existentes<sup>13</sup>.

Era una globalización que se representaba como una dinámica transversal que enlazaba procesos de distinta naturaleza, que le confería un elevado nivel de compactación al mundo en su conjunto y ponía a los distintos colectivos humanos de cara a *un horizonte espaciotemporal compartido*. Este horizonte, en su fuero interno, en lugar de expectativas, se manifestaba como un repliegue sobre la misma *contemporaneidad*<sup>14</sup>, es decir, era más sincrónico que propiamente

10 Charles S. Maier, “‘Malaise’. The Crisis of Capitalism in the 1970s”, en Niall Ferguson *et al.*, *The Shock of the Global. The 1970s in perspective*, Massachusetts, Harvard University Press, 2010, p. 26.

11 Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

12 Zaki Laïdi, *Un mundo sin sentido*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

13 Christopher A. Bayly, *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914*, Madrid, Siglo XXI, 2010.

14 Agostino Giovagnoli, *Storia e globalizzazione*, Bari, Laterza, 2005, p. 47.

te geográfico, con densas redes interactivas que convenían en la dirección de una determinada “uniformidad” de mundo, salpicada de diversidades *glocales*.

Si la década de los setenta tuvo su propia impronta y simbolizó la puesta en escena del presente histórico contemporáneo, los ochenta resultaron ser un decenio que en ningún caso se ubica dentro de un registro menor, pues también sobrellevó expresiones que lo distinguen, aunque es menester reconocer también que representó un conjunto que, en buena parte, constituyó la continuación y la profundización de muchas de las tendencias que venían desarrollándose desde la década anterior. A diferencia de la fase previa, que arrancó como un momento glorioso y esperanzador, con un mediático 1968 que impregnó el estado de ánimo interpretativo, tanto cuando se exaltan sus virtudes o se destacan sus malformaciones, los ochenta no son fáciles de narrar porque corresponden a una generación “que llegó tarde a la épica de los sesenta, alcanzó a respirar su resaca, se desencantó y tuvo miedo”, pero que sin embargo “no se resigna ni al cinismo ni al nihilismo de fin de siglo”<sup>15</sup>. Los ochenta fueron años de incertidumbre, contrariedad, impotencia y desengaño, por lo cual valdría preguntarse ¿qué suscitaron?, ¿cómo es posible expresar el desencanto que estos años trajeron consigo? Puede recordarse al grupo Los Prisioneros, cuyos cantos representan una generación de multitudes descontentas, que sienten impotencia pero que no se resignan ante ella y tratan de protestar, así sea con ironía: *La estamos pasando muy bien*, *La cultura de la basura*, *El baile de los que sobran*.

Se puede, sin embargo, reparar en algunos elementos que le proveyeron un rostro específico: el discurso y la práctica del neoliberalismo trascendieron los marcos nacionales en los que originalmente habían sido enunciados para devenir en los principales referentes de reorganización económica, social y política en la casi totalidad de países del mundo, incluso en aquellos que siguieron librando batallas ideológicas con él; se asistió a una acentuación de la ecualización de las economías y sociedades nacionales en torno a ciertos presupuestos compartidos, llegando incluso a coincidir en un lenguaje bastante homogéneo; se profundizó la reorganización de los aparatos estatales dentro de una lógica de adaptación a los nuevos diseños políticos y económicos; los agentes del globalismo del mercado<sup>16</sup> experimentaron una consolidación pronunciada y les disputaron el liderazgo a los estados, incluidos los más poderosos; el Asia-Pacífico emergió como una zona que comenzó a rivalizar con el Atlántico en la función de eje fundamental de la economía mundial; fue una década en la que maduraron acontecimientos y situaciones internacionales que pusieron en entredicho, y finalmente dieron por terminado, el guion geopolítico de la Guerra Fría; y por último, pero no menos

15 Martín Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 13.

16 Richard Falk, *La globalización depredadora. Una crítica*, Madrid, Siglo XXI, 2002.



importante, se produjo la implosión del sistema socialista en Europa, con lo cual desaparecieron las últimas fronteras sólidas que constreñían la fuerza expansiva de la intensificada globalización e impedían que el mundo pudiera organizarse o pensarse como una “unidad operativa”. Sobre el particular, es muy elocuente lo que escribió el economista indio Amartya Sen:

El Muro de Berlín no sólo simbolizaba que había gente que no podía salir de Alemania del Este, sino que era además una manera de impedir que nos formásemos una visión global de nuestro futuro. Mientras estaba ahí el Muro de Berlín, no podíamos reflexionar sobre el mundo desde un punto de vista global. No podíamos pensar en él como un todo<sup>17</sup>.

De más está decir que el libro que tiene el lector en sus manos no pretende ofrecer una historia general del mundo durante la trascendental década de los ochenta. Trabajos de ese tipo existen en alto número y muchos de ellos son de una excelencia tal, que mal haría yo, con mis modestos esfuerzos y conocimientos, en pretender emularlos. En las referencias bibliográficas el lector podrá encontrar un buen número de textos muy representativos que pertenecen a diferentes disciplinas y se inscriben en distintas tendencias historiográficas, disciplinares y analíticas.

El objetivo que me he trazado en este caso es mucho más modesto porque su propósito fundamental se ubica en otro registro. Constituye la continuación de un proyecto investigativo que he venido trabajando en dos publicaciones anteriores, una de las cuales estuvo dedicada al diseño de un mapa conceptual e interpretativo del presente histórico mundial, mientras la otra se centraba en los factores y elementos que impulsaron el advenimiento de la contemporaneidad que aún nos gobierna. El presente libro, en este sentido, se inscribe dentro de la misma trama iniciada en aquellos ensayos investigativos y tiene como propósito develar aquellas situaciones que proyectaron en el tiempo —la fase que recubre la década de los ochenta— el presente histórico contemporáneo.

Dado que es un retorno a mis anteriores pasos investigativos, parte importante de la fundamentación de la que me he valido en este libro fue realizada en trabajos acometidos y publicados durante mi prolongada vida académica. Especial importancia tienen los siguientes trabajos: *El mundo frente a la globalización. Diferentes maneras de asumirla*; *La Unión Soviética: de la perestroika a la disolución*; *Rusia en el largo siglo xx. Entre la modernización y la globalización*; *Después del comunismo. La difícil transición en Europa Central y Oriental*; *El*

17 Amartya Sen, “Dix vérités sur la mondialisation”, en *Le Monde*, Francia, 19 de julio del 2001.



*mundo y la globalización en la época de la historia global y Globalización: discursos, imaginarios y realidades.*

Que sea la continuación de dichos trabajos no le resta valor, en tanto es un producto novedoso e independiente. Este libro fue diseñado de tal manera que el lector pueda comprender en su esencia misma las coordenadas fundamentales de la trascendental década de los ochenta, sin que tenga que recurrir a mis anteriores publicaciones.

Confieso que soy plenamente consciente de los riesgos que comporta un estudio como el que aquí propongo. Por los anteriores textos, en los cuales realicé procedimientos análogos, me llovieron duras críticas, una de las más implacables el hecho de que no respondía al canon de un trabajo histórico y se asemejaba más al informe de una agencia o de una institución internacional. Entiendo las críticas, porque ocurre que cuando se habla de una historia en y para el presente se despiertan susceptibilidades entre los profesionales del “gremio” pues se asume implícitamente que la historia constituye más un enfoque, una manera de estudiar la realidad, que una particular forma rigurosa de trabajo académico<sup>18</sup>.

Pero el riesgo responde también a otra particularidad que conlleva el estudio histórico de la contemporaneidad. Sucede también que el pensamiento integrador ha tenido y sigue teniendo una muy mala prensa. Un importante sector de la academia tiende a rehuirle porque sigue siendo fuerte la predisposición a considerar que un trabajo serio se realiza sobre problemas muy definidos y con aparatos analíticos disciplinares muy precisos. Debo decir que yo también, en ciertas ocasiones, he considerado plenamente válidas las críticas porque, por desgracia, casi a diario aparecen trabajos que pecan de un exceso de generalización, con tesis que pretenden ser novedosas pero que, en realidad, son superficiales, cuando no parecen rayar en lo absurdo, o son frívolos porque brindan una imagen caricaturesca de la realidad contemporánea.

Resulta, empero, que cuando el foco de la atención se centra en el estudio de sistemas complejos que no pueden ceñirse a una linealidad cronológica convencional —como ocurre con el presente histórico contemporáneo, que es complejo debido a su globalidad y porque responde a sofisticadas “métricas” de tiempo y de espacio—, los intentos de descomponerlo en un sinfín de partes definidas conducen a que se caiga en la especialización punzante de las disciplinas, y con una atomización tal no se logra generar una imagen productiva de la realidad. Para estudiar el tema aquí propuesto se requiere más bien de un esfuerzo integrador, porque su inteligibilidad solo es posible cuando se aplica el viejo refrán que afirma que el todo es mucho más que la suma de las partes.

18 Véase Hugo Fazio Vengoa, *La historia del tiempo presente. Historiografía, problemas y métodos*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2010.

El libro que el lector tiene en sus manos está organizado de manera un tanto ecléctica. En el primer capítulo se discute sobre algunos de los grandes temas que singularizaron y le confirieron un sentido de conjunto a la década y tienen el propósito de mostrar algunas de sus particularidades dentro del período del presente histórico. El segundo capítulo empieza con el año de 1979, que es utilizado como preludio de la década, se pasa revista a aquellos acontecimientos cruciales y se analizan sus elongaciones a lo largo del decenio con el fin de brindar al lector una aproximación de su desarrollo diacrónico.

En un breve parangón, sostengo que los ochenta arrancaron de una manera muy distinta a la década inmediatamente anterior. Mientras los setenta fueron catalizados por la “espontaneidad” de revueltas, movimientos y por silenciosas transformaciones estructurales, fácilmente referibles, los ochenta se desarrollaron con el impulso de una serie de actuaciones que, de manera deliberada, se encaminaron en la dirección de propiciar “un nuevo estado u orden de las cosas”.

Pero, al igual que ocurriera con el trascendental año de 1968 y con la década de los setenta, en esta oportunidad tampoco fueron las dos superpotencias los principales artífices de las maneras como se proyectó el decenio; el hecho más representativo fue la apropiación, por parte de soviéticos y estadounidenses, de la invasión del ejército soviético en Afganistán y del tenso clima político generado para intentar reconstruir el orden de la Guerra Fría, es decir, recomponer aquella configuración geopolítica de tanta importancia para Washington y Moscú, que debía servir para refrendar la prolongación de su supremacía.

Sin embargo, no les correspondió a estos centros de poder ni a la “segunda Guerra Fría” determinar la orientación de los desarrollos fundamentales del decenio en curso. Este papel recayó en unos acontecimientos, aparentemente de menor calibre y geográficamente bien localizados, que irrumpieron durante el año de 1979 y sirvieron de catalizadores de tendencias características del período, a los que se sumó otra tanda de hechos ocurridos al final del período, en 1989, que dieron por terminada la Guerra Fría, le imprimieron el sello conclusivo a esta segunda fase del presente histórico y sirvieron de preámbulo al inicio de una nueva fase, la cual se forjó sobre bases distintas a las anteriores.

En ese mismo capítulo se desarrolla el tema del impacto que tuvieron las transformaciones del Estado en la desvalorización del anillo intermedio del sistema internacional, es decir, aquel de tipo estatal nacional, que tuvo que negociar y complementar su actividad con actores emergentes infra y supraestatales. Con los primeros se alude a los movimientos sociales transnacionales que tan importante papel tuvieron en ciertas realidades políticas nacionales y regionales, y con los segundos se hace referencia a aquellos agentes que cierta literatura ha aglutinado dentro de la expresión *actores del globalismo del mercado*. Los cambios en este nivel no solo constituyen una demostración de que las estrategias modernizadoras y de desarrollo en los ochenta ya no podían ser

las mismas de antes, también sirven para mostrar las transformaciones en las “métricas” espaciales y temporales que dieron origen a la maduración de la contraposición local/global o *glocal*.

El tercer capítulo está dedicado a presentar los fundamentos de un naciente capitalismo, los estados globales y los efectos que este sistema tuvo en el desencadenamiento de poderosas transformaciones espaciales y temporales a lo largo y ancho del mundo. Fue precisamente durante esa coyuntura histórica cuando empezaron a delinearse los contornos de un sistema de alcance mundial que adecuaba las distintas regiones y países en torno a prácticas, parámetros y lenguajes compartidos.

El cuarto y último capítulo está dedicado a la crisis de los países del socialismo real: la Unión Soviética, la Europa Centro Oriental y Cuba. Esta fue una crisis sistémica que condensó dos tipos de tendencias: de una parte, implicó la interiorización del nuevo “tiempo y espacio mundiales” en estas sociedades y, de la otra, constituyó el acontecimiento que le dio a la globalización el rostro que las generaciones actuales le conocen.

Este libro es un ensayo histórico investigativo. Ensayo, debido a su organización y sus formas de exposición. Histórico, como perspectiva de análisis más que como oficio, por su sensibilidad frente a la historicidad de los fenómenos que estudia y por el interés en mostrar las maneras como se desplegaron las transformaciones espaciales y temporales durante la década. Investigativo, porque se fundamenta en numerosos trabajos que realicé en distintos momentos de mi vida académica, los cuales, para esta ocasión, han sido una puesta a punto, además del hecho de que he procurado integrar algunos temas que antes estudié por separado. Porque, como señalara Tony Judt, los problemas históricos se encuentran íntimamente entrelazados en la realidad, pero para su estudio se procede a separarlos. Sin embargo, cuando se quiere ver la historia “en plenitud hay que entretejer de nuevo esos elementos”<sup>19</sup>. Debido a este retorno a mi historial investigativo, en el tratamiento de varios de estos temas me he apoyado en algunos trabajos anteriores. Presento excusas a los lectores porque será elevado el número de referencias que tendré que hacer a esas publicaciones.

Este libro fue posible por el inmenso apoyo y la comprensión de numerosas personas. Mis estudiantes, con quienes he debatido muchas de las tesis aquí propuestas y que con sus interesantes reflexiones me ayudaron a afinar la argumentación. El personal académico y administrativo de la Facultad de Ciencias Sociales que, con su pulcro y resuelto trabajo, me ha permitido disponer del tiempo necesario para conjugar actividades, en apariencia tan distantes, como la gestión académica y administrativa con la lectura y la investigación. Los

19 Tony Judt y Timothy Snyder, *Pensar el siglo xx*, Madrid, Taurus, 2012, p. 54.

evaluadores anónimos internacionales y nacionales, por sus sabios consejos y precisiones.

Al igual que en otro libro recién publicado, este también fue escrito con mis hijas, todas ellas científicas sociales en formación. Invitarlas a participar en esta aventura fue una manera de aproximarlas a mis preocupaciones e intereses intelectuales y de impulsarlas a que pierdan el miedo al bello desafío de la investigación. A nombre de ellas —Antonella, Luciana y Daniela— y en el mío propio, dedicamos este libro a Julieta —madre y esposa—, por su comprensión, por el tiempo que tuvimos que robarle para poder dedicarnos a esta investigación y a su entretenida escritura.